

Una novela de HEARTSTOPPER


Alice Oseman

Esta es una
auténtica
historia
de amor.

Nick y
Charlie

CROSS
BOOKS





Esta es una
auténtica
historia
de amor.

Nick y Charlie

Alice Oseman

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Nick and Charlie*

© del texto e ilustraciones: Alice Oseman, 2020

© de la traducción: Victoria Simó, 2023

© del diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd. 2020

Publicado originalmente en inglés en Reino Unido por HarperCollins Children's Books, un sello de HarperCollinsPublishers Ltd.

© Editorial Planeta S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-08-27875-7

Depósito legal: B. 16.234-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



UNO



Charlie

Como representante de los alumnos del colegio privado Truham he hecho un montón de cosas. Me he emborrachado con el vino de la cena para las familias. Me han fotografiado tres veces con el alcalde. Una vez hice llorar sin querer a un chaval de séptimo.

Pero nada de eso fue tan malo como decirles a los alumnos mayores que no pueden disfrutar de su último día en el colegio y eso es precisamente lo que el jefe de estudios, el señor Shannon, pretende que haga en este preciso instante.

Debería mencionar que mi novio desde hace dos años, Nick Nelson, es uno de esos alumnos mayores.

—No te importa, ¿verdad? —El señor Shannon se apoya en mi mesa del aula de estudio, donde se supone que estoy repasando para los exámenes, aunque en realidad estoy mirando conciertos de Mac DeMarco en el móvil—. La cosa se está descontrollando y me parece que a ti te harán más caso que a mí, tú ya me entiendes.

—Pues...

Le lanzo una miradita a mi colega Tao Xu, que está sentado a mi lado zampándose un paquete de Galaxy Minstrels. Enarca las cejas como diciendo: «Vaya marrón te ha caído».

No me apetece nada aceptar el encargo.

Los de segundo de bachillerato han elegido la temática de *High School Musical* para ambientar su últi-

mo día de clase. Han colgado un cartel gigante del «East High» tapando el nombre del Truham en las puertas del colegio. Han dejado sonando la banda sonora de las películas en los ordenadores de las aulas, así que, estés donde estés, oyes canciones de *High School Musical*, aunque nunca tienes claro de dónde proceden. Han organizado un *flash mob* con «What Time Is It» en el campo de fútbol a la hora del patio. Y todos han venido a clase vestidos con equipaciones de baloncesto de color rojo o con uniformes de animadora. Lástima que Nick haya optado por el baloncesto.

Por si no bastara con eso, al margen del rollo HSM, han construido un fuerte con cajas de cartón en las pistas de tenis y están celebrando una barbacoa en el interior.

—Solo quiero que apaguen la barbacoa —me dice Shannon. Supongo que ha notado las pocas

ganas que tengo de entrar en un fuerte de cartón donde hay ciento cincuenta personas mayores que yo para decirles que dejen de divertirse—. Ya sabes. Por seguridad. Si alguien se quema, me tocará a mí dar explicaciones a un montón de padres enfadados.

Se ríe por lo bajo. El señor Shannon ha desarrollado una confianza ciega en mí a lo largo de los meses que llevo siendo el representante de los alumnos. Es curioso, porque yo casi nunca hago lo que me pide.

El secreto está en tener a los profes de tu lado y también a los alumnos. No te busques enemigos ni hagas demasiados amigos. Ese es mi consejo para sobrevivir al instituto.

—Sí, claro, no hay problema —le digo.

—No sé qué haría sin ti. —Me señala con un dedo mientras se aleja—. ¡No estudies demasiado!

Tao me mira, todavía atiborrándose a chocolate.

—No te atreverás a cortarles el rollo a los mayores, ¿verdad?

Me río.

—Qué va. Pasaré a ver qué están haciendo y les diré que tengan cuidado por si aparece Shannon.

Mi otro amigo, Aled Last, me mira desde el otro lado de la mesa. Lleva una hora subrayando los apuntes de mates con distintos colores.

—¿Me puedes traer una hamburguesa?

Me levanto de la silla y me pongo la chaqueta.

—Si queda alguna...

La gente de mi clase ya se ha marchado. Nos conceden unos días libres para estudiar antes de los exámenes y, si yo estoy aquí, es porque repaso mejor en el cole que en casa. Tao y Aled han pensado lo mismo. Aunque, en realidad, no nos apetece

nada estar en el colegio. Hoy es el día más caluroso del año y preferiría tumbarme en cualquier parte con una compresa fría en la cabeza.

Nick y yo hemos hecho planes para este fin de semana. Él ya habrá terminado y yo me tomaré el finde libre. Hoy es jueves; esta noche me quedo a dormir en su casa. Mañana por la noche nos pasaremos por la fiesta de despedida que ha organizado Harry. El sábado pensamos ir a la playa. Y el domingo haremos una excursión a Londres.

Tampoco es ninguna novedad. Pasamos juntos todos los fines de semana.

Y nos vemos a diario también.

Si hace tres años alguien me hubiera dicho que a los diecisiete llevaría dos años saliendo con un chico, me habría reído en su cara.

—¡CHARLIE SPRING!

Cuando cruzo la entrada del fuerte pasando por debajo de una pancarta que dice «¡WILDCATS!», Harry Green se me acerca con los brazos abiertos. Lleva un disfraz de animadora de *High School Musical* que debe de pertenecer a una persona de doce años y enseña mucha más cacha de lo que se considera apropiado en el colegio.

El fuerte es gigante: han ocupado dos pistas de tenis. Además de una cantidad loca de cartón, también han robado diez mesas, como poco, de distintas aulas y tienen una barbacoa funcionando a todo trapo entre las dos pistas. Un par de personas reparan bollos y hamburguesas. En el altavoz inalámbrico que hay en un rincón suena Vampire Weekend.

Casi todos los mayores están aquí, por no decir todos. El grupo es enorme comparado con los otros

cursos del centro; un montón de chicas del Higgs se pasaron al Truham después de que hubiera un incendio inmenso en su colegio y ardieran unos cuantos edificios. Es una historia muy larga.

Harry se lleva las manos a las caderas y me sonrío.

—¿Qué te parece?

Harry Green, que es un chico bajito con el pelo muy levantado, debe de ser el chaval más famoso de todo el colegio, en parte porque siempre está dando fiestas y en parte porque nunca jamás se calla la boca.

Enarco las cejas.

—¿El fuerte o tus muslos?

—Las dos cosas, colega.

—Todo genial —le digo, impávido—. Buen trabajo. Sigue así.

Harry da una zancada a un lado y dobla la rodilla, como si hiciera estiramientos.

—Sabía que la falda era una buena idea. Debería llevarla más a menudo.

—Ya te digo.

Antes Harry era una persona muy desagradable; uno más de los chicos mayores que me hacían la vida imposible cuando yo era más pequeño y el único que había salido del armario de todo el colegio. Pero con los años, por suerte, maduró y comprendió que la homofobia no está bien. Tampoco es que se lo haya perdonado. Nick y yo aún pensamos que es un idiota integral.

Todavía en pose de estiramiento, pregunta:

—¿Te envía Shannon? ¿Has venido a cortarnos el rollo?

—En teoría sí.

—¿Y lo vas a hacer?

—Claro que no.

Harry asiente.

—Tú llegarás lejos, colega. Llegarás muy lejos.

Normalmente Nick destaca en cualquier multitud, pero hoy casi todo el mundo viste prendas rojas. Hay unas cuantas personas que pasan del rollo, entre ellas mi hermana, Tori, que va vestida con el uniforme negro del Truham. Está sentada en una esquina del asfalto azul, charlando con su amiga Rita. Pero, aparte de ella y de un par de personas más, la gente se funde en una gigantesca masa roja.

—Nick está allí.

Me vuelvo a mirar a Harry, que señala la esquina izquierda más alejada, sonriendo. Luego echa a andar hacia allí tarareando «We're All in This Together», y lo sigo.

—¡NICK, COLEGA! —grita Harry por enci-



ma del mogollón. Todos los alumnos llevan comida y vasos de plástico en las manos, y se sacan fotos.

Y allí está él.

Se vuelve a mirar, despegando la vista del grupito con el que está charlando. Parece un poco despistado, como si no tuviera del todo claro si se ha imaginado la voz de Harry.

Llevo saliendo con Nick Nelson desde que tenía catorce años. Le gusta el *rugby* y la Fórmula 1, los animales (especialmente los perros) y el universo Marvel, el sonido que hacen los rotuladores gruesos contra el papel, la lluvia, dibujar en las zapatillas, Disneylandia y el minimalismo. También le gusto yo.

Su pelo es rubio oscuro, tiene los ojos castaños y me pasa cinco centímetros, por si a alguien le interesan ese tipo de cosas. A mí me parece muy guapo, pero puede que solo sea mi opinión.

Al vernos nos saluda con entusiasmo y, cuando llegamos a su altura, me mira y pregunta:

—¿Qué tal?

El disfraz que lleva Nick de *High School Musical* consiste en unos pantalones de deporte rojos y una camiseta sin mangas del mismo color. Se ha prendido al pecho una hoja de papel con un dibujo muy penoso del típico gato salvaje. Si os digo la verdad, lo he visto con modelitos peores.

—No has contestado a mis mensajes.

Toma un sorbo de su bebida.

—Estaba muy ocupado concentrándome en el partido.

Saca una cámara desechable y, antes de que tenga tiempo de sonreír o de asegurarme de que estoy presentable, me saca una foto.

Ya es demasiado tarde cuando tapo la cámara con una mano.

—¡Nick!

Suelta una carcajada y hace girar la rueda de desplazamiento antes de guardarse la cámara en el bolsillo.

—Otra para la colección de Charlie en plan «¿ein?».

—Ay, por favor.

Harry ya se ha alejado para charlar con otro grupo, así que Nick se acerca un poquito y nuestras manos se buscan automáticamente, y las suyas golpean las mías como si estuviéramos jugando a uno de esos juegos de batir palmas.

—¿Te quedas un rato? ¿O estás estudiando?

Echo un vistazo a la fiesta.

—En realidad no estaba estudiando. Miraba conciertos de Mac DeMarco.

—Ah, claro.

Nos quedamos allí parados un ratito, haciendo manitas, y entonces Nick me coloca el pelo en su sitio. De repente caigo en la cuenta de que es el último día que estaremos juntos en el cole. Seis años de estar juntos en el mismo edificio cada día del curso escolar han llegado a su fin. Dos años siendo pareja en el cole, dos años comiendo juntos, sentándonos juntos en el aula de estudio, escondiéndonos en las aulas de música, en las de informática, en los vestuarios; dos años volviendo juntos a casa, andando cuando hacía sol o en autocar si hacía frío, Nick dibujando caritas en el vapor de la ventana y yo durmiéndome contra su hombro. Todo eso ha terminado.

Por lo general hablamos de esas cosas, de las que nos entristecen, nos fastidian o nos ponen de

mal humor, pero Nick está superemocionado con la uni y no quiero empezar a quejarme o hacer que se sienta mal. Ya lo he hecho demasiadas veces a lo largo de mi vida, si os digo la verdad. Es que... soy yo el que se queda aquí y es una mierda, la verdad.

Levantamos la vista cuando oímos un chasquido y una risotada. Nos volvemos a mirar y Harry nos está enfocando con la cámara de Nick, muerto de risa.

—Ay, qué romántico. Tendré que buscarme otra parejita a la que cortarle el rollo en la uni.

Nick le quita la cámara.

—¡Manguí! ¡Me la has sacado del bolsillo!

Harry nos hace un guiño y se ríe antes de marcharse otra vez. Nick niega con la cabeza y hace girar la rueda de la cámara.

—Jo, qué plasta es.

—¿De dónde has sacado la cámara?

—La compré. Me apetecía tener fotos en papel para pegar en la pared cuando esté en la uni, en lugar de un montón de fotos cutres en el móvil.

Se la arranco de las manos y le saco una foto.

—¡Eh! —La recupera, sonriendo—. No quiero fotos más. Me van a tomar por un egocéntrico.

Yo también sonrío.

—Pues me la quedaré yo.

Nick me rodea los hombros con el brazo.

—Vale, necesitamos al menos una foto en la que salgamos con pinta normal.

Sostiene la cámara con el objetivo apuntándonos a los dos, y yo le digo:

—Afrontémoslo, nunca tenemos pinta normal.

Nick se ríe mientras yo me aseguro de que mi pelo esté presentable. Sonreímos y hace la foto.

—Cuando te visite en la uni, espero que tengas esta enmarcada —le digo.

—Solo si me regalas el marco. Tendré un alquiler que pagar.

—Tío, búscate un curro.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que no me vas a regalar cosas ahora que trabajas? No me lo puedo creer. ¿Para qué tengo novio?

—Yo qué sé, Nick. ¿Qué haces conmigo todavía? Ya llevamos más de dos años.

Nick se ríe y me planta un besito rápido en la mejilla antes de dirigirse a la mesa de las bebidas caminando hacia atrás.

—Me gusta mirarte.

Le saco el dedo.

Cuando empezamos a salir, tardamos un tiempo en decírselo a la gente. No sabíamos cómo reac-

cionarían, así que nos pareció más seguro ser discretos. En el cole no habíamos tenido ninguna pareja declaradamente gay desde..., bueno, nunca, que yo sepa, y me habían acosado mucho cuando me obligaron a salir del armario. Así que no hacíamos manitas. Ni tonteábamos cuando había otras personas cerca. A veces hasta me sentía incómodo solo por hablar con él en el colegio, por si alguien se daba cuenta y empezaban a acosarme otra vez o, peor, acosaban también a Nick.

Ahora ya no tenemos que andar con pies de plomo. Nos damos la mano siempre que queremos.